



REVISTA DE LOS CAZADORES.

APUNTES SOBRE ARMAS Y CAZA.

(Continuacion.)

Equipado ya el cazador, lo primero es saber cargar bien, para sacar el mejor partido del arma y hacerlo con la menor exposicion. Puestos los martillos sobre las chimeneas, se descansa el arma con la culata en el suelo, si no hay barro, y cuando lo haya sobre la punta del pié izquierdo, con los cañones hácia el cazador, con lo que la línea de fuego salva su cara y cabeza en caso de inflamarse la pólvora; se toma el frasco, cortando el tiro, y se mira si se ha llenado la boquilla y no se ha introducido alguna hojarasca ú otro cuerpo extraño que pudiera caer al fondo de la recámara, dando lugar á faltas; se echa la pólvora en el cañon derecho, que es el más inmediato á la mano derecha y el que casi siempre se tira el primero, se le pone un taco de fieltro; y se repite la misma operacion para el cañon izquierdo; se ataca primero el derecho, sin golpear mucho, pues así se amasa la pólvora, se desgrana y pierde fuerza, y de consiguiente disminuye el alcance; se ataca el izquierdo, dejando en él la baqueta; se echan los plomos en el cañon derecho; se le pone

el taco de carton; se ataca, sentando bien el taco, pero sin golpear, porque hace que se aprieten mucho los perdigones, pierden, abollándose, la forma esférica, y descomponen el tiro; se deja la baqueta dentro del cañon, y se hace lo mismo con el izquierdo; en seguida se levanta la escopeta con la mano izquierda, se ponen las llaves en el seguro y se colocan los pistones, que han de ser de la medida exacta de las chimeneas, pues siendo anchos se caen, y siendo estrechos hay que empujarlos con los martillos, y á veces sale el tiro sin querer.

Excusado es decir que en todas estas operaciones se debe cuidar mucho de que la boca del arma esté siempre hácia arriba y casi perpendicular, para evitar una desgracia en caso de torpeza ó descuido, pues vale más tardar un poco más en la carga que darse un tiro ó herir á un compañero. Estas reglas se deben seguir con exactitud desde un principio, cuando es tan fácil acostumbrarse á lo bueno como á lo malo; y una vez adquirido el hábito, se hace maquinalmente y con toda la rapidez necesaria.

La carga para el sistema Lefauchaux, aunque muchos la simplifican demasiado para concluir pronto, no debe hacerse sin tener



presentes las circunstancias especiales del arma, y para probarlo haré algunas cortas observaciones. La recámara ó recipiente del cartucho es más ancha que el ánima del cañon, para que los tacos al salir del cartucho y entrar en el cañon llenen el hueco de este herméticamente y conserven la fuerza del tiro sin alteracion sensible. Por esto, una operacion indispensable es la de examinar si el grueso del cartucho es igual (y aun mejor un poco más delgado) á la profundidad del rebajo, para que los tacos al salir del cartucho llenen bien el ánima y empujen la carga como corresponde. Además hay que medir lo largo del rebajo de la recámara y procurar que el cartucho vacío alcance á llenarlo en su totalidad: si es así es bueno; si es más largo se cortará hasta dejarlo igual; si es más corto no es bueno, porque al salir el tiro queda un vacío en forma de anillo al rededor del taco, por donde se escapan los gases de la pólvora, resultando el tiro flojo. Por el mismo motivo es indispensable el culote ó sombrero que puesto *boca abajo* sobre la pólvora, se dilata en la explosion cerrando el hueco y concentrando los gases debajo del taco que dá impulso á los plomos.

Muchos han suprimido el culote, y alegan por motivo que el simple taco les dá el mismo resultado; y á distancia de coto y ojeos podrá ser, pero en saliendo á campo raso, donde se tira á mayores distancias, observarían una notable diferencia. Á mi entender, el no atender á estas circunstancias es lo que principalmente ha dado lugar á que muchos inteligentes observen superioridad de alcance en las armas de piston. Yo puedo decir que en igualdad de calibre, barren y longitud, no he tenido ocasion de encontrar diferencia; pero me propongo hacer más pruebas cuando me sea posible, pues sin un estudio minucioso y pruebas repetidas de comparacion, no es posible formar una opinion justa y razonada. M.

(Se continuará.)

LAS LEYES SOBRE LA CAZA

EN LA EDAD MEDIA.

Non omnes arbutu juvant, humilesque myricæ
Si canimus silvas, silvæ sint Consule dignæ.
(Virg. Egl. 4.ª 2 y 3.)

Se ha escrito la historia de los reyes aun en sus fiestas y no la de los pueblos en sus

necesidades, dice Hallam, insigne cronista de la edad media: los abusos de los señores feudales han inspirado á Winspeare un interesante libro, y no encontrándonos con suficientes conocimientos para desempeñar la tarea que indicaba el primero, y mucho menos preparados para añadir una sola página al martirologio de las últimas clases de la sociedad, pedimos indulgencia y atencion á nuestros lectores, mientras con dolor en el corazon y rubor en el rostro, recorren con nosotros un largo periodo de la edad media, observando á la luz de la moderna critica y del actual bienestar de los ménos acomodados, la arbitrariedad de los que poseian la tierra y se decian señores del valle, porque anidaban como aves de rapiña en elevados castillos, y la vida llena de quebrantos y sinsabores del pobre colono ó del despreciado industrial, sepultado con su familia é intereses en profundo olvido.

«Salió cierto dia, dice Rückert, la hija de un gigante del encumbrado castillo en que su padre vivia, y durante su paseo encontró en el valle á un pobre aldeano conduciendo el arado; y no bien lo vió, cuando se mofó de él, al considerarlo pigmeo. Alargó su brazo y condujo á la fortaleza al cultivador con sus aperos de labranza; y como su padre el gigante le preguntase: ¿Qué has hecho, hija mia? ella le contestó: Mira cuán lindo juguete he traído.—No has hecho bien, repuso el gigante, y para remediar este mal, vuelve á colocar todo eso en su sitio; que si no quedase en el valle como lo has encontrado, no podriamos tener sobre la montaña los festines de que participas.» Lo que decia en conceptuosos versos el escritor aleman, lo consigna en sus páginas la historia, y lo aplica á los orgullosos señores que, sólo al terminar el periodo de su preponderancia, conocieron que sin el trabajo de los villanos no podrian prolongar un dia más su inactiva existencia.

Ya de muy antiguo el hombre libre en la plaza pública gemia bajo intolerable yugo dentro de su morada, sin otra vida que la que el Estado le permitia; pero los nombres de Grecia y Roma se presentaban á su vista con mágica influencia, y creia tener en sus manos el cetro del saber ó de la fuerza. Pero en los míseros tiempos de la edad media, al lado de un orgulloso señor y de un reducido cercado, se levantaban otros y otros, más como enemigos que como vecinos: la patria era pequeña y sin gloria, sin resultado el trabajo, sin esperanza de galardón el martirio. Abramos los códigos y consultemos las costumbres sobre el derecho de la caza, y preguntemos despues si la humanidad ha progresado, y si hay todavía quien cree conciliar en aquellos tiempos las ideas de bienestar y de moralidad con el exclusivo dominio de la fuerza.

No fueron destinadas tan sólo al adorno

de la creacion las aves que surcan los aires, ni pobladas las selvas de fieros animales para llenar la soledad; que aquellas y estos desde los tiempos de la creacion fueron señalados al hombre como súbditos y como alimento y compañía para las necesidades de la vida. Háse observado que el estado de civilizacion comienza cuando el hombre sujeta el caballo, y la vida del hogar cuando se reduce á nuestra compañía al perro. No bien pecó el primer hombre, cuenta Milton, el leon, antes humilde esclavo de aquel, aguza sus garras y sacude su encrespada melena; el tigre salta desde las praderas del Eden á los desiertos; los pájaros que antes conocian la voz del señor, se fabrican casas en las ramas del árbol, ó más independientes todavía, escapan de su dominación y cantan el primer himno de libertad lanzándose á los aires, y el hombre, sujeto al cultivo del campo, tiene para vivir que emplear con aquellos seres todos los recursos de la astucia ó el poder de la fuerza. Vive para la sujecion el hombre; la naturaleza animada recobra su libertad, y entra con él en lucha, no bien torció aquel su destino faltando á las órdenes del Omnipotente.

La lucha con la naturaleza reviste todas las formas del trabajo; el derecho á la vida y la legítima defensa inventan las armas, tienden la celada al pájaro, y preparan las primeras trampas á la fiera. La caza es, pues, un derecho que dimana de tal situacion. Nemrod pasa á ser *cazador de hombres*: cazando Lamech dá muerte al primer criminal, y de ello se condeule con sus mujeres en el hogar doméstico. Pero en la edad media el dueño de la tierra lo es de la vida; no tiene el siervo derechos, sino deberes; el de la caza, como todos los demás, es del poderoso; ¡ay del que en su propio beneficio tienda el arco ó prepare el armadizo! de las leyes brota la sangre; el labrador no siembra para sí; el mercader no pasa seguro por bajo del castillo; el pescador se expone á la muerte para cubrir de exquisitos manjares la mesa del señor; la pobre madre para criar á los hijos de este, se vé precisada á retirar el pecho á sus propios hijos. ¡Y en tales circunstancias hubo quien creyó próximo el fin del mundo, como si á tales dolores no hubiese un calmante; como si á la callada y temerosa noche no hubiese de suceder la luz del dia, despuntando en opuesto lugar del horizonte; como si la última señal de vida de la humanidad hubiese de ser un general y prolongado gemido!

Ved sobre la escarpada ribera al señor feudal acechando, cual inhumano pirata, sin tener su valor, la venida de buques naufragos; por atalaya la encumbrada roca, por recursos para sostener su familia los restos que en frágil tabla conduce al puerto el que en tempestad deshecha puede apenas salvar su vida. Contemplad más allá al cas-

tellano, el halcon en el puño, seguido de sus huéspedes, y al sonido de los cuernos de caza atravesando las tierras del villano, destruyendo las doradas espigas en que este pensó tal vez librar la subsistencia y la de sus hijos. Observad á lo lejos el camino y el río que, como cinta de plata, pone en comunicación una y otra ribera, desiertos y silenciosos, porque el mercader, á cada paso detenido por intolerables tributos, renuncia al lucro, y deja sin satisfacer las necesidades de los pueblos, ó las abandonadas fábricas donde apenas se construyen instrumentos de labranza, y se forjan las armaduras de que van cubiertos hombres y caballos, como si para resguardarse de la intemperie y del ataque fuesen aquellos los mejores vestidos. Frente al castillo se eleva el monasterio ó la catedral; pero el abad y el obispo se cubren tambien con la cota de malla, y hacen resonar los bosques con sus trompas de caza, y exigen, desde la vida hasta el honor, los mismos tributos que el noble, y hacen comer sazonado con sus lágrimas el pan, y no dan otra bebida á sus siervos. ¿Qué me pides? contestaba un arzobispo de Colonia, señor de vasallos, á uno de sus oficiales, encargado de guardar un castillo: ¿no tienes por bajo de tus muros una encrucijada que forman cuatro caminos?

Felices tiempos los nuestros que así presentan en novelas y romances, para solaz del ocioso lector, las mil lamentables historias que en pasados siglos tuvieron lugar entre señores y vasallos. ¿Qué espontáneamente se presenta en los labios la accion de gracias por haber venido más tarde al mundo! ¡Qué naturalmente asoma el rubor á las mejillas al contemplar el largo y laborioso alumbramiento de la civilización moderna! Al que hoy emplea sin sentir las horas en prolongado festín, no pasa desapercibido un suspiro de mil que entonces se escaparon á la humanidad doliente: en aquel tiempo no se oían entre el ruido de las armas y las armonías de los cantores errantes que mendigaban una limosna bajo los muros del soberbio castillo. No todos pueden estudiar ni escribir la historia como lo hacia Walter Scott; mas ¿quién hay de tan duro corazon que no pueda sentir tamaños crímenes? Ambas tareas ha de desempeñar nuestro siglo.

Para estudiar la legislacion de la caza en la edad media, no debemos salir de Inglaterra, país en que llegó á sus últimos confines el abuso, y en el que se presenta al cabo rodeado de todas las formalidades legales el remedio (1). *Fazañas* tenemos en nuestra le-

(1) En inglés los animales de labor y piezas de caza tienen distintos nombres, segun se encuentren en el campo ó se sirvan en las mesas. De un modo los llamaba el vencedor normando y de otro el sajón vencido.

gislacion castellana que condenan á perder la vida á quien no defendió, más que la suya, al halcon del señor traído de remotos climas; pero no vemos afortunadamente convertidos en sistema los casos de riguroso castigo impuestos por los normandos á los vencidos á consecuencia de la más tiránica de las invasiones, corregidos andando el tiempo en las *Cartas de Foresta*, que figuran al lado de las que consignan los más preciados derechos políticos y civiles de los ingleses. No queremos decir con esto que del todo faltasen para nuestro país, donde la afición á la caza fué tal y tal el precio de los medios que para ella se empleaban, que al decir de la tradicion, se cedió á cambio de caballo y halcon, por los monarcas leoneses, todo el condado de Castilla.

En vano diferentes concilios trataron de oponer el espíritu permanente de la Iglesia de caridad y modestia á las manifestaciones temporales de orgullo ó criminal indiferencia que determinados señores feudales, seculares ó eclesiásticos, presentaban en perjuicio de las últimas clases; respetables monumentos de disciplina contemporánea limitan el número de pages y caballos que, segun su categoría, podian llevar en su cortejo cuando salian de recreo ó visitaban una provincia, distinguiéndose principalmente el Concilio III de Letran, celebrado el año 1180. Doscientas personas llevaba en pos de sí, segun Whitaker, un arzobispo de York cuando recorría todas las parroquias de su vasta diócesi, en medio de las voces de los cazadores y de los ladridos de sus traillas; y el monasterio de San Dionisio en Francia, habia solicitado mucho antes del emperador Carlo-Magno privilegio exclusivo de caza en vasta extension de bosques, representándole que con la carne de las distintas piezas se podrian mantener bien los monjes enfermos, y con las pieles encuadernarse los libros de su reducida biblioteca.

Háse observado en todos tiempos que la clase labradora, reputada por algunos autores como la más útil y la que merece mayor consideracion y respeto, ha sido la más vejada por contribuciones y prestaciones de toda especie, en tanto grado, que las grandes revoluciones, al terminar la edad media, hubieron de partir de su seno, más que de las clases industriales, que no habian llegado á conseguir tan gran desarrollo; testigos irrecusables de esta verdad son en Francia la liga de la *Jacquerie* ó del paisanaje, y la que dirigió Watt Tyler en Inglaterra. Cuando Adan cultivaba la tierra y Eva su mujer empuñaba el huso, ¿dónde estaba la nobleza? decia en este último país uno de los discípulos de Wicliffe, cuyas tendencias eran al menos tan políticas como religiosas. No se comprende que una clase numerosa, naturalmente pacífica y aficionada á lo antiguo, solo por serlo, desmin-

tiese estas cualidades para empuñar la espada en vez de dirigir el arado, y conmover en cuanto estaba de su parte los más firmes cimientos de los gobiernos. Solo el conocimiento profundo y circunstanciado de las arbitrariedades y abusos puede explicar estos acontecimientos. Ahora bien; lo que despues se ha llamado estado llano, se hallaba como los esclavos de la antigüedad, reducido á una sola y despreciada clase, sin otra intervencion en el régimen de la cosa pública, que la que más ó menos falseada y eficaz podian proporcionar los representantes de los municipios. En una sola Constitucion de Europa, en la de Suecia, se admitió directamente á los representantes de los labradores desde tiempos antiguos hasta nuestros dias.

Los primeros representantes de las fuertes y unidas monarquias del fin de la edad media, parécense bastante á los primeros emperadores romanos, intérpretes de la voluntad y defensores de los derechos del pueblo. El imperio de los Tiberios y Nerones venia á mejorar el estado de la plebe romana, como la monarquia de Luis XI, Enrique VII y Fernando el Católico á reunir los elementos de fuerza dispersos y desprestigiados en poder de los nobles, y tanto aquellos como estos parecen á la historia tiranos, y tal vez despiertan simpatias en algunas clases del pueblo. Pero la púrpura al realizar la consideracion exterior de la persona, no le comunica las buenas cualidades individuales de que carece; antes presenta sus vicios en más extenso teatro, y esto cabalmente sucedió con Luis XI, en su famosa residencia de Plessy-les-Tours al acercarse los últimos años de su vida.

Si alguien pudiera tomar el pincel para trazar su retrato despues de haberlo hecho Felipe de Commines tan de mano maestra, nos presentaria con el criterio de la edad moderna aquella incomprensible mezcla de ferocidad y devocion, de supersticion é incredulidad, de fuerza y de miedo tal, que despues no se ha presentado semejante en los anales de ningun pueblo. Veriamos al enemigo de su padre, temido por este como envenenador; al guerrero que blasonaba de fuerte, castigado terriblemente por los suizos; al artero enemigo de Carlos de Borgoña, al coronado mercader de feudos y Estados, al digno rival en astucia de Fernando de Aragon y al humilde penitente de Francisco el ermitaño calabrés, lo veriamos, repetimos, apoyado en el brazo de sus satélites Olivier y Tristan, verdugo y barbero, disponiendo que sufriesen todo el rigor de la justicia los pobres aldeanos de las cercanias, y nunca más contento que al verlos colgados de los árboles del parque por haber traspasado los límites del vedado coto del castillo. Los abusos y los crímenes de la edad feudal, atravesando los siglos, se manifes-

taban todavía en los últimos tiempos de su preponderancia, en los mismos destinados por la Providencia en sus inescrutables designios á inaugurar la nueva época de la organizacion social desde fines del siglo décimo quinto.

No parece que griegos y romanos, aunque tan amantes del valor y de la fuerza corporal luciesen estas dotes en los violentos ejercicios de la caza como los terribles invasores del Norte, para quienes la vida futura no tenia placeres más elevados que los que la misma ocupacion proporciona; pero admitidos estos usos, nada más frecuente que aprovecharse de estos momentos de recreo para tramar conspiraciones y preparar muertes de príncipes que llenan las historias de los países septentrionales, costumbre que habia ya indicado Virgilio al describir la cacería y de Dido Eneas, en que, segun el poeta, hubieron de comenzar los fabulosos amores del fugitivo troyano y de la desgraciada reina. Pero el génio de la edad media concluyó por arrebatarse al pobre vasallo el recreo, el alimento y la libertad, encadenando su brazo al capricho del señor y consignando estas prohibiciones en tiránicas leyes. Los que recuerden tan lamentables tiempos aprenderán el aprecio que se debe á los adelantos de los nuestros, y consolándose con ver escrito en el *Senkus-Mor*, antiguo Código de los irlandeses, que el honor es propiedad que nadie puede enajenar, sentirán, como puede hoy sentirse, que se ofreciese prenda de tal valía en aras de la subsistencia que apenas aseguraba el señor en la organizacion feudal, repitiendo con el Dante:

¡Ah, quanto sá di sale il pane altrui!

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

MONTERÍAS.

BATIDAS Ó CACERÍAS MAYORES.

(Continuacion.)

En estas batidas es necesario aprovechar el tiempo, y con la detencion para almorzar es indudable que se pierde mucho, y lo mejor del día. Para evitarlo, el encargado de los comestibles debe repartir á cada uno, antes de ponerse en marcha, segun su clase, lo que ha de almorzar y el vino correspondiente, para que cada cual lo coma cuando mejor le parezca. No debe olvidarse que cuanto menos vino haya es mucho mejor, y que no falta razon á los que aconsejan que se tome agüado.

Tambien debe tenerse presente que en el campo no se encuentran más que piedras y raices; por lo tanto, debe el cazador llevar

lo que crea puede necesitar, tanto para su descanso como para su abrigo, etc. (1)

Si despues de dar dos ó más batidas, no pudiera darse otra, aunque hubiera tiempo, bien por la distancia ó por cualquiera otro motivo, se aprovecha el resto del día en ojeos de caza menor, tanto por diversion como por lo útil para las comidas.

Concluidas las batidas, se regresa al punto donde se ha de pernoctar, y despues de algun descanso se come, aconsejando debe ser el cocido á la española, con preferencia á otra comida, y con gran moderacion en el vino y bebidas espirituosas. Concluida esta, y sin más descanso que el necesario para fumar y tomar el té ó café, conviene acostarse para recuperar las fuerzas para el siguiente día.

Hecha la pintura á grandes rasgos de las batidas, sólo resta para concluir las decir que debe llevarse un diario de la cacería, muy minucioso, tanto por curiosidad cuanto porque sirve de norma para las siguientes.

Pasemos ahora á ocuparnos del gamo ó paleta.

C. HIDALGO.

(Continuará.)

BIOGRAFÍAS DE CAZADORES CÉLEBRES.

ADOLFO DELEGORGUE,

EL MATADOR DE ELEFANTES.

Cazadores, acudid todos á saludar al digno rival de Julio Gerard, el matador de leones; inclinad vuestras frentes ante el intrépido viajero que ha ennoblecido la más bella de las pasiones humanas; que ha vinculado la ciencia en la caza.

¿De qué encanto, de qué interés, de qué animacion está dotado el lenguaje de Delegorgue! ¿Cuán bellamente contrasta la filosofía dulce de sus obras con el estilo vivo, fogoso, ardiente, fuerte como las montañas de roca que describe! Fascinado, jadeante de emociones, devora el lector con avidez las páginas de ese interesante libro de Delegorgue titulado *Viajes al África austral*, en que presenta en bello desorden multitud de hechos increíbles, pero que son, sin embargo, ajenos á toda ficcion.

Ha dicho un sabio, que la mayor parte de las pasiones pueden contenerse en el corazon humano; pero hay una que se apodera de él de una manera sobrenatural; una pasion irresistible, especial, que hace que nuestras fuerzas se doblen; una pasion sin la cual jamás se hubiese recorrido el pesado velo con que naturaleza cubre sus inmensos

(1) Más por extenso se manifiesta en el *Tratado de Caza*, escrito por los aficionados D. C. H. y D. A. G. G.

tesoros: esta pasión es el deseo de saber. Y si oponeis algún dique al torrente devastador de esos hombres privilegiados á quienes saludamos con el nombre de *sabios*, si quereis contrariarles este deseo, les vereis expatriarse, abandonar sus hogares por amor á la ciencia. Uno de estos hombres Adolfo Delegorgue.

La ley de caza francesa es, en concepto de nuestro héroe, un pequeño código incompleto, plagado de crasos errores, que confunde las estaciones con los pasajes, y obliga al cazador de pura sangre á ir á buscar en otros climas las aves viajeras que vendrían sin duda alguna á buscarle en el suyo al día siguiente de abrirse la veda.

¿Qué hacer en tal caso? Callarse, ó armarse de pies á cabeza y dirigirse á países lejanos donde, más que la caza, existe el combate con sus dramas y su poesía.

Nacido Adolfo en Douai, todavía resuenan en los ámbitos de la ciudad los ecos que llevaron al corazón del héroe los últimos adioses de sus amigos. Sumiso al inmutable instinto que le arrastra hacia un destino desconocido, parte al África en busca de reveses y de laureles que ha de hallar sembrados en el camino de su vida.

Hasta su arribo al Cabo de Buena-Esperanza, pasa las horas sobre el puente de su buque, anhelante por sorprender algún secreto á la naturaleza, ó por aclarar algún error de la ciencia. En el mar el menor incidente hace palpitante el corazón, y el de Delegorgue se conmueve cada vez que aparece á su vista una concha, ó un ave, ó un pedazo de alabastro ó un objeto cualquiera. Un tiburón que sigue con encarnizamiento el surco del buque, á pesar de las balas que se le dirigen, preocupa al sabio y al observador un día entero.

Cuando desembarca Delegorgue, empieza su vida de estudio, de contemplación: en una pesada carroza, tirada por diez y ocho bueyes, que caminan á paso lento y mesurado, con continuas paradas, atraviesa un país accidentado de inaccesibles montañas, de profundos lagos y de vírgenes selvas.

(Continuará.)



UNA CACERÍA DE TORDOS.

(Conclusion.)

Después de alguna discusión sobre la más ó menos exactitud del número, que sufrió Mella con buen humor, determinamos quedarnos, y para no perder las cuatro horas de día que quedaban, Diego y yo fuimos á reconocer los prados intermedios, y enterarnos de los pasos de aquellos pantanos, que aunque de día no son muy peligrosos, pueden serlo cuando falta la luz, por los muchos tremedales y hoyas con que se tropieza

con frecuencia donde ménos se piensa, y que convierten este cazadero en un sitio donde ningún cazador prudente se aventurará solo, ni sin llevar cada uno una madeja de cordel fuerte pero delgado, para que ni abulte ni pese, sin olvidar que tenga una pesita en un extremo para poderla tirar desde lejos, como se hace con la sonda en los buques. El cordelillo que se usa en Madrid para colgar la ropa en los balcones, y que es poco más grueso que un porta-plumas, es bueno para este objeto y otros de caza, como v. gr. sacar agua con un cubo pequeño ó cantarilla, de un pozo, donde no hay gente. Los otros compañeros se fueron á los cerros á cazar liebres y perdices, quedando todos citados para las tres y media, al fin del prado Losero. Diego y yo matamos al paso docena y media de becasinas y pollas de agua, atascándome yo dos veces hasta la cintura, y Diego una hasta los sobacos; pero ayudándonos mutuamente llegamos sin novedad á debido tiempo al punto de la cita, donde se nos reunieron los compañeros y Mella, trayendo dos liebres, una perdiz y una garza, y noticias de haber visto un pastor un corzo que se había corrido la cordillera abajo hacia Ruidera, lo que nos alegró mucho, porque era el terreno que pensábamos cruzar al día siguiente.

Quedando ya poco sol, nos llevó Mella al carrizal donde iban á dormir los tordos, con objeto de que nos emboscásemos antes de que llegasen, y nos fuimos metiendo entre los juncales á este lado del río, cuya otra orilla bañaba el pantano cubierto de carrizo espeso, á que debían acudir. Desgraciadamente no sufría el piso el peso de un hombre, que si se hubiera aventurado á pisarlo, se hubiera hundido sin esperanza de salir de aquel terreno, compuesto de cieno de la consistencia de natillas hasta una profundidad de cinco ó seis varas por lo ménos, sin poder ni andar ni nadar; por lo que solo podíamos aspirar á recoger las piezas que, no quedando muertas en el tiro, ó tan mal heridas que no pudiesen volar algo, salieran huyendo y cayeran á un lado ú otro del pantano. Dispuestos así en forma de herradura al rededor de un codo del río, de donde se dominaba á veinte pasos el principio de los carrizos, bien cargadas todas las armas con perdigones núm. 6, esperamos la llegada de la bandada. Al poco rato avisó Mella, dando la voz de ¡Ya están ahí! —¿Dónde? preguntamos, pues nada veíamos.—Allá debajo del resplandor del sol, que se ha puesto.—No vemos nada, contestamos.—Pero ¿es posible que no los ven Vds.? ¿No ven ustedes aquella nube negra que se acerca tan de prisa? Mirando entonces aquella nube, que efectivamente todos habíamos visto, pero que por su inmensa extensión no podíamos sospechar, á pesar de cuanto nos había dicho Mella, que se compusiera de tordos, vimos con asombro que era en

efecto una reunion de estos pájaros, cuyo número indudablemente dejaba muy atrás al que nos habia dicho, y que todos habiamos creído una ponderacion más que andaluza.

La tal nube ya llegaba cerca de nosotros á una altura de unas cien varas, ocupando toda la anchura del valle; tendria más de dos varas de espesor, sin verse claro alguno entre las aves que la formaban, y calculando su longitud y anchura en cien varas, y dando un término medio de diez tordos por vara cúbica, que es poco, creimos que no era exagerado decir que se componia de más de doscientas mil aves. Estas principiaron á remolinear encima de nuestro escondite, y fueron bajando por bandos de cincuenta á ciento, al parecer, y colocándose en los carrizos, que se veian doblegarse bajo el peso de los que se posaban en ellos con una algazara y chillidos que duraron con un continuo revoloteo hasta que ya se iba cubriendo la luz; y estando todos preparados, á la señal convenida nos levantamos á la vez, y dando una voz soltamos simultáneamente nuestros nueve tiros, siendo tal el estruendo producido por los tordos al volar, que materialmente cubrió el ruido de los tiros. Al momento se sintió dentro del carrizal un estrépito que indicaba que habian caído estropeados un sin número de tordos, sin contar los muertos, que es imposible calcular cuántos serian, y principiaron á caer al rededor nuestro y en el río, y conforme se iban alejando á buscar otra guarida, se oian caer bastantes. Entonces nos pusimos todos á buscar y recogerlos que se pudiera, aprovechando la poca luz del crepúsculo y dejando para la mañana siguiente el continuar la rebusca. Con mil trabajos y algunas caídas, sin faltar algun que otro baño parcial cuando ya no se veia, nos pusimos en marcha hácia el molino, muy contentos con el extraño espectáculo que habiamos presenciado, y llevándonos un centenar de víctimas, que aunque para nosotros no era caza muy apetecible, por su calidad, no dejaria de ser agradable á los dueños de los olivares del contorno, á los que causan un daño considerable estos animalitos. Llegados al molino, cenamos opíparamente (sin tordos, que abandonamos á la gente de la casa y algunos vecinos de la vega menos delicados que nosotros), y repartiendo unos cuantos tragos y cigarros, principiò una larga sesion de cuentos de caza y pesca, que hubieran divertido al más melancólico.

Al salir el sol al dia siguiente continuamos nuestro viaje, deteniéndonos un rato donde se tiraron los tordos, de los que recogimos unos pocos, pero la gran mayoría se quedó entre los carrizales inaccesibles para nosotros. No me queda duda de que pasaron de quinientas las víctimas de nuestros nueve tiros, y aunque al pronto parece increíble, téngase presente que cada tiro

tenia sobre doscientos cincuenta plomos, y que en una masa de aves tan apiñada y espesa no se perderia ninguno, y aunque á cada tordo le dieran cuatro perdigones, aún sobrarian bastantes.

Después de un rato seguimos hácia abajo á ver los pintorescos paisajes que hay en aquellos valles y lagunas, tirando varios avetoros (*ardea Stellaris*) y otras aves acuáticas, y el corzo de que nos habian hablado, y que no cobramos, porque habiéndole tirado de cerro á cerro, con una laguna entre medias, por pronto que dimos la vuelta (media legua larga) tuvo tiempo un pastor de llevárselo y ocultarlo, segun supimos al dia siguiente por un compañero suyo á quien encontramos á nuestro regreso en direccion de las fuentes de las lagunas, en busca de otros cazaderos y aventuras que serian largas de contar, y que no refiero porque ya he abusado bastante de la paciencia de mis compañeros.

R. A. M.

CARTAS DE JULIO GERARD

SOBRE LA CAZA DEL LEON.

I.

GHELMA (África).

Sr. Director: Me creo en el deber de dar á usted cuenta del resultado de una excursion de algunos dias que acabo de hacer en las gargantas de Mah-Ounah.

El 8 de este mismo mes dejé á Ghelma á ruego de los árabes del país de Mouets-Tab. Después de haber pasado dos dias en sus montañas, tuve que rendirme al llamamiento de los moradores de Mah-Ounah, donde los leones habian asentado sus tiendas. Muchos bueyes y jumentos fueron presa de las fieras en el espacio de pocos dias; era necesario una pronta correccion. Pasé muchas noches en el bosque de Def'-ems, situado á seis leguas de Ghelma, en las riberas del Oued-Chef; reconocí despues un vado llamado la Medjes-M'tha doulerbah y di por fin con el sendero favorito de las fieras. Pasé dos noches en el vado sin ver nada; el 16 á las once de la noche me puse en espera detrás de una adelfa que dominaba el vado, y á tres metros próximamente del Oued-Chef. Solo y armado con el fusil que hundió el leon Kounega, vi acercarse tres leoncillos de tres años próximamente de edad cada uno. El primero me vé, retrocede y me mira; le envío una bala que le destroza la espalda; rueda dando rugidos de rabia hasta la corriente de las aguas, y sus compañeros asustados desaparecen. Me apresuro á cargar de nuevo; apenas he echado la pólvora, el leon que yo habia herido vuelve arrastrándose sobre su vientre como una serpiente. Le tiro á boca de jarro, y segunda vez va al arroyo. Cuatro veces se levantó y cuatro balas le destruyeron: dos en la espalda derecha, una en el ojo izquierdo y otra una pulgada más abajo del mismo ojo.

Los árabes que, aunque lejos del vado, habian oído las detonaciones del fusil y los rugidos del leon, vinieron en tropel al amanecer trayendo mulas para trasportar el animal.

No hablaré á V. del regocijo de aquellos: tan solo le diré que tuve que usar de violencia para

dejar este país, y les juré volvería dentro de poco. Si V. quiere, Sr. Director, insertar esta nueva cacería en un número de su Revista, puede usted hacerlo: le envío, no mi retrato, porque tiene poco parecido, sino el diseño, seguro de que M. Grenier sacará partido de él, como acostumbra.

El capitán M. Durand me ha hablado de una carta en que V. le dijo que deseaba tener una piel de león para la colección del *Journal des Chasseurs*. Yo no puedo, Sr. Director, prometer á usted más que la tercera; si V. quiere aceptarla, la tendrá.

Tengo el honor de ofrecerme de V. atento servidor.—*Julio Gerard.*

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO, POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuación.)

—¿Cómo? ¿Qué? le dije yo perdiendo el color sin poderlo remediar. Es bien sabido que este fenómeno es independiente de la voluntad del hombre. ¡Cómo! le dije yo, ¿vamos á sufrir un combate naval? ¡Vamos, capitán! Está V. burlándose..... ¡qué chancero está V. hoy, mi capitán!

—Chancero, ¿eh? Suba V. dos escaloncitos mas y tienda la vista. ¿Está V.?

—Sí, capitán.

—Bien, ¿y qué ve V.?

—Veo tres hermosos buques de guerra.

—Cuenta V. bien.

—Veo cuatro, si.

—Mire V. mejor.

—¡Cinco! ¡Seis!

—Vamos allá; eso es otra cosa.

—¡Es verdad! ¡Seis hay, seis!....

—¿Entiende V. algo de pabellones?

—Muy poco.

—No importa; mire V. aquel que lleva el buque más grande..... allí, en la popa..... donde nosotros llevamos el pabellón tricolor..... ¿Qué ve V. en aquel?

—Hombre, yo entiendo poco de armas y de heraldica; pero me parece que aquello que se distingue son las armas de Irlanda.

—Exactamente; aquel es el pabellón irlandés; dentro de cinco minutos lo más verá V. que sinfonía empieza.

V.

—Pero, capitán, le dije yo; capitán, me parece que están todavía muy lejos de nosotros, y que desplegando todas esas velas que están recogidas sin hacer nada en esas vergas y en esos palos, me parece, digo, que nos podríamos poner en salvo. Por lo que á mi toca, si estuviera en lugar de usted estoy seguro de que me salvaría. Perdone V., capitán, que se lo diga; esto no pasa de ser una opinión; la mía, como cuarto bajo del teatro de Marsella; y mucho me alegraría de que la siguiera usted. Si yo tuviera la honra de ser marino, tal vez sería de distinto parecer.

—Si en vez de ser un bajo fuera un hombre el que se hubiera atrevido á decirme lo que acaba usted de proferir, replicó el capitán, de seguro

que esto iba á acabar muy mal. ¡Ignora V. que el capitán Garnier no se pone á salvo nunca? El capitán Garnier no huye jamás; se bate hasta que el barco esté acribillado á balazos; después espera el abordaje, y cuando toda la cubierta esté llena de ingleses que ya no quepan más, entonces se baja á la Santa Bárbara con su pipa, la arrima á un barril de pólvora, y envía á los ingleses á los infiernos á comer con el mismo Satanás.

—Pero, ¿y los franceses?

—Allá van también.

—¿Y los pasajeros?

—A los pasajeros les sucede lo propio.

—Vamos, capitán, basta ya de chanzas pesadas.

—M. Lonet, yo no me chanco cuando ya se ha hecho safarrancho.

—¡Capitán, capitán, en nombre del derecho de gentes, lléveme V. á tierra; desembarqueme usted! Yo prefiero irme á pié: andando he venido perfectamente, y andando me sabré volver.

—¿Quiere V., M. Lonet, oír un consejo? me dijo el capitán dejando á un lado la pipa.

(Continuará.)

CRONICA.

En una carta que hemos recibido de Bullas (Murcia), se nos dice que la autoridad municipal de aquella población ha tomado medidas energicas para que se respete la veda con todo el rigor que marca la ley, y que por lo tanto, al terminarse esta, esperan los cazadores tener abundante cosecha de conejos y perdices. Damos la más completa enhorabuena al alcalde y á los cazadores de Bullas, y deseamos que en todos los demás puntos se siga el ejemplo de tan celosa autoridad.

El alcalde de Valencia ha publicado, con fecha 20 del actual, un bando dictando disposiciones para perseguir los perros que salgan sin bozal, con objeto de prevenir el desarrollo de la hidrofobia.

Con el número del 10 de Abril próximo recibirán los nueve primeros números del primer tomo aquellos señores á quienes no se les ha mandado, por haberse agotado la primera. Con pocos días de diferencia, enviaremos dicho tomo encuadernado á los que lo han pedido últimamente.

Diez láminas hemos repartido con el primer tomo. De ellas se nos han agotado las tres primeras, y si hubiéramos de hacer un nuevo dibujo para una tirada de treinta ó cuarenta que necesitáramos, nos produciría enormes desembolsos. Para conciliar nuestros intereses con los deseos de complacer á los suscritores que no han recibido dichas tres láminas, las reproduciremos este año con algunas variaciones, y además daremos una de regalo; es decir, que repartiremos trece en vez de doce. En su virtud, el mes próximo, en lugar de las tres del trimestre corriente, recibirán cuatro todos nuestros suscritores.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.